

SAN PEDRO CELESTINO, ermitaño y papa (19 de mayo)

En esta ocasión optamos por reproducir la semblanza ofrecida en Vatican News

RELATO DE SU VIDA Y DE SU BREVÍSIMO PONTIFICADO

Un buscador de Dios. Pedro Angeleri de Morone lo es desde joven cuando distingue en el silencio y en la belleza de la naturaleza, la dimensión favorable para contemplar al Creador y para servir a los hermanos. Nacido en una familia campesina en Isernia en 1215, el penúltimo de doce hijos, a temprana edad huérfano de padre, y enviado por su madre a los estudios eclesiásticos. Atraído por la vida monástica, entra en la Orden benedictina. A los 24 años se convirtió en sacerdote, pero pronto eligió la vida eremítica en el Monte Morone en Los Abruzos italianos.

La oración, la penitencia y el ayuno marcan sus días.

No faltan las tentaciones: Pedro las vence aferrándose a la cruz. Atraído por él, muchos lo siguieron: pronto nace el primer núcleo de los Ermitaños de Maiella con la aprobación de Urbano IV. Disfrutando de la benevolencia del Cardenal Latino Malabranca y el Rey de Nápoles, Carlos II d'Angiò, conocido como Zoppo, los «Celestini» - se llamarán así - se expanden fundando monasterios y restaurando abadías caídas. El tiempo para Pedro está marcado por la oración ininterrumpida. En Europa, se difunde su fama como hombre de Dios y vienen a él, de todas partes, para recibir consejos y sanaciones. A todos les indica la conversión del corazón como camino hacia la paz, en un momento histórico desgarrado por tensiones, conflictos -incluso dentro de la Iglesia- y pestes.

Un hombre de oración, extraño a los conflictos

Es el 1292: tras la muerte del Papa Nicolás IV vienen 27 meses de Sede vacante. Los once cardenales electores no son capaces de encontrar un acuerdo, polarizados por el conflicto entre las familias Orsini y Colonna y presionados por el deseo del rey Carlos II de encontrar un candidato de su agrado. Desde el aislamiento en la celda, Pedro de Morone envía a los cardenales la profecía del inminente castigo divino, evitable sólo con la elección del Sumo Pontífice en los

próximos meses. La fama del ermitaño, conocido por sus milagros y su íntegra conducta espiritual, lleva a los votantes a identificar en él al candidato ideal para superar el puesto. Encontrado en la cueva de Maiella por una delegación de prelados, Pedro al principio se niega, y luego comprende que es Dios quien lo llama a una responsabilidad tan alta. Sin embargo, rechaza la invitación de los cardenales para llegar a Perugia y, el 29 de agosto de 1294, memoria de San Juan Bautista, escoltado por el rey Carlos, va a L'Aquila, sentado en un burro, para recibir la tiara en la gran Iglesia de Santa María en Collemaggio, construida por él unos años antes. Él elige el nombre de Celestino V y pone en marcha el primer Jubileo de la historia, conocido como «Perdón».



Un Pontificado breve y sufrido

Pronto se da cuenta de que no es libre en el ejercicio del ministerio, empujado por aquellos en la Curia que esperan beneficiarse de su inexperiencia de gobierno. Convoca un Consistorio y nombra a 12 cardenales. Muchos critican amargamente la decisión del Papa de confiar en la protección de Carlos de d'Angiò y de transferir la sede de la Curia a Nápoles. Pronto se dio cuenta de ser un rehén de la corona. En la pequeña celda de Castillo Nuevo, que se convirtió en su hogar, madura la decisión de renunciar al Pontificado, respaldado también por la opinión del cardenal Benedicto Caetani, experto en derecho canónico, que lo sucedió con el nombre de Bonifacio VIII. «**Yo Celestino V, impulsado por razones legítimas, por la humildad y debilidad de mi cuerpo y la malicia de las personas, con el fin de recuperar la tranquilidad perdida abandono libre y espontáneamente el Pontificado y renuncio expresamente al trono, a la dignidad, y al honor que ello conlleva**». Con estas palabras, el 13 de diciembre de 1294, Celestino deja las vestiduras y toma el viejo hábito. Solo once días después viene elegido el nuevo Papa, quien hace llevar a Pedro, que inicialmente había huido a lugares desiertos, al castillo de Fumone. Aquí, en una estrecha celda, el ermitaño muere en oración el 19 de mayo de 1296. Resumidamente pasado a la historia como el «gran rechazo», deplorado por Dante en la Divina Comedia, es un ejemplo de libertad evangélica y santidad. De hecho, fue canonizado por Clemente V en 1313. Sus restos mortales conservados en la Basílica de Collemaggio son destino de constantes peregrinaciones. Una de las peregrinaciones más ilustres fue aquella de Benedicto XVI, en 2009, quien quiso dejar el palio que recibió al inicio de su Pontificado.